

BONDAD DEL HOMBRE Y SANTIDAD DEL MATRIMONIO

LUCAS F. MATEO SECO

En el prólogo de la *Prima Secundae*, es decir, en la introducción al tratamiento de las cuestiones morales, Santo Tomás de Aquino escribe: "Puesto que el hombre ha sido hecho a imagen de Dios (...), después de haber tratado del Ejemplar —Dios— y de aquellas cosas que salieron de su divino poder según su voluntad, queda que tratemos de su imagen, es decir, del hombre, en cuanto que él es también principio de sus obras y tiene libre albedrío y potestad sobre sus actos".

El Doctor Común de la Iglesia sintetiza con esta frase toda la tradición anterior y presenta la perspectiva teológica en que ha de situarse el estudio de lo referente al hombre. "Esta primera proposición de la Teología moral —comenta Pieper— refleja (...) que la moral es, ante todo y sobre todo, doctrina sobre el hombre; que tiene que hacer resaltar la idea del hombre y que, por tanto, la moral cristiana tiene que tratar de la imagen verdadera del mismo hombre"¹. Dos convicciones de fondo acompañarán constantemente al de Aquino en el desarrollo de las cuestiones referentes al actuar humano: La virtud realiza propiamente al hombre en cuanto hombre; La virtud es el camino de la felicidad. En cualquier caso, el cristiano sabe que las exigencias divinas no son un freno a la libertad humana o a la realización de lo humano, sino que en el cumplimiento amoroso de la Ley de Dios encuentra el hombre su libertad y el camino que le conduce a la felicidad: Dios². Creado a imagen de Dios, con dominio sobre sus

1. J. PIEPER, *Las virtudes fundamentales*, Madrid 1976, p. 11.

2. Cfr. *Sum. Theol.*, I-II, q. 2.

propios actos, el hombre refleja en su ser la bondad de Aquel que es su Ejemplar y “tiene una ley escrita por Dios en su corazón, en cuya obediencia consiste la dignidad humana y por la cual será juzgado personalmente”³.

Gran parte de la sociedad contemporánea —que tantas dificultades presenta al normal desarrollo de la vida matrimonial y familiar—, ha sido calificada justamente como sociedad permisiva⁴, es decir, como sociedad que no sólo tolera aquellos males que es necesario tolerar⁵, sino que se hace cómplice de los males que en ella suceden precisamente por su escepticismo permisivo. Los presupuestos filosóficos y teológicos que subyacen a este permisivismo son muy variados, así como los argumentos a que se recurre como cobertura ideológica.

Se ha hecho notar —no sin razón— la importancia que en su advenimiento y gestación han tenido los “dogmas” liberales, concretamente, el desconocimiento de la herida que acompaña al hombre —“vulneratus in naturalibus”— como consecuencia del pecado original⁶. Al no admitir que el hombre se encuentra desordenado en su interior y, por tanto, al no aceptar que sus pasiones se rebelan frecuentemente contra el recto sentido, se establece la espontaneidad del apetito como norma de lo bueno. En última instancia, si resulta imposible negar la evidente maldad que aflora a veces en las acciones de los hombres, se atribuye su causa exclusivamente a factores extrínsecos al mismo hombre: la educación, la sociedad, la situación económica, la represión impuesta a la espontaneidad de los instintos por las leyes o las propias creencias. La conclusión siempre es idéntica: el rehusarse a

3. CONC. VATICANO II, Const. Past. *Gaudium et spes*, n. 16.

4. Utilizo esta expresión —ya usual— en el sentido que tiene, p. e., en los escritos del Cardenal Höffner. Cfr. J. HÖFFNER, *Il sacerdote nella società permissiva*, Centro Romano di Incontri Sacerdotali. Documenti, Roma 1971, p. 4.

5. Sobre el concepto de tolerancia y su distinción del de permisivismo, cfr. F. OCARIZ, *Voltaire: Tratado sobre la tolerancia*, Madrid 1979, esp. pp. 83-107.

6. “Creemos que todos pecaron en Adán; lo que significa que la culpa original cometida por él hizo que la naturaleza, común a todos los hombres, cayera en un estado tal en el que padeciese las consecuencia de aquella culpa. Este estado ya no es aquel en el que la naturaleza humana se encontraba al principio en nuestros primeros padres, ya que estaban constituidos en santidad y justicia, y en el que el hombre estaba exento del mal y de la muerte. Así, pues, esta naturaleza humana, caída de esta manera, destituida del don de gracia de que antes estaba adornada, *herida en sus mismas fuerzas naturales* y sometida al imperio de la muerte, es dada a todos los hombres; por tanto, en este sentido, todo hombre nace en pecado”: PABLO VI, *Credo del Pueblo de Dios*, n. 16.

concebir la existencia humana como esfuerzo por practicar la virtud y como lucha contra el desorden de las propias concupiscencias; y, en segundo lugar, la confianza en que la descarga espontánea de los instintos sede al hombre hasta tornarle bueno. Las consecuencias que implica tal presupuesto antropológico para el amor, para la vida matrimonial y familiar, son evidentes.

El Concilio Vaticano II ha subrayado las relaciones existentes entre el ateísmo sistemático y el afán de autonomía humana que llega hasta negar toda dependencia del hombre respecto de Dios. “Los que profesan este ateísmo —dice la Constitución Pastoral *Gaudium et spes*— afirman que la esencia de la libertad consiste en que el hombre es fin de sí mismo, el único artífice y creador de su propia historia”⁷. Este afán de autonomía de la libertad llega a exigir, en sus últimas formulaciones teóricas, que la libertad sea autónoma no sólo con respecto a cualquier ley o al orden natural, sino también con respecto a la propia inteligencia o a las decisiones anteriormente tomadas. Desde este momento, libertad y compromiso irreversible libremente asumido parecen contradictorios⁸. Negando que el hombre sea imagen de Dios, éste queda convertido en mero proyecto de sí mismo constantemente reformable⁹. Fidelidad, amor sacrificio y entrega —en una palabra, las virtudes que constituyen el ambiente imprescindible para el normal desarrollo de la vida matrimonial y familiar— serán presentadas como contrarias a la realización del hombre, como deshumanizadoras en la medida en que impiden que la libertad sea autónoma ante las decisiones anteriormente tomadas. Estas virtudes tan alabadas en la Sagrada Escritura y el mismo matrimonio, parecerán inmorales. Así calificaban los habitantes del socializado *Mundo feliz*, descrito por Aldous Huxley, la maternidad y la fidelidad sexual.

Sin embargo, y con respecto a las cuestiones que ocupan la atención de este Simposio, parece prudente hacer notar

7. Const. Past. *Gaudium et spes*, n. 20.

8. En efecto, la decisión actual de la voluntad habría perdido espontaneidad y autonomía al estar obligada a seguir las determinaciones tomadas anteriormente. Y esto, porque la libertad humana es colocada como fundante de sí misma con exclusión no sólo de Dios, sino de la inteligencia.

9. “La secularización es pues —escribe R. ALVÉS— la creación positiva de la política de liberación. Así la dialéctica de la liberación y el mundo secularizado van codo con codo. Consecuentemente, el hombre se encuentra libre de la inquietud por lo absoluto, por la religión, por lo inamovible, y libre también para vivir como experimento permanente”: *Cristianismo ¿opio o liberación?*, Salamanca 1973, p. 249.

que a todos estos presupuestos que tanto influyen en la concepción del amor, de la vida matrimonial y de la vida familiar, anteceden y subyacen unos errores teológicos que continúan influyendo en el acceso y enfoque de estas cuestiones. Me refiero al pesimismo teológico consistente en afirmar que el hombre quedó intrínsecamente corrompido por el pecado de origen, que dejó de ser imagen de Dios y, en consecuencia, que esta naturaleza es incapaz de ser sanada. Desde el punto de vista histórico, este pesimismo constituye el punto de partida del *iter* que conduce a un gran sector del pensamiento europeo hasta el "optimismo" de la sociedad permisiva. Más aún, apenas se realiza una investigación sobre los planteamientos actuales contrarios a la Doctrina de la Fe, comienzan a emerger, dispersos, estos elementos teológicos. Bajo la aparente euforia de la sociedad permisiva actúa poderosamente un desencantado pesimismo. Diríamos que se permite todo, porque se piensa que no tiene arreglo nada; que se ha reducido el amor a contacto epidérmico, porque parece que el hombre no puede pedir más. Camus lo describió con fuerza en *El mito de Sisifo*. Uno intenta saciarse con el placer, porque cree imposible el amor: como la figura trágico-cómica de Don Juan Tenorio, intenta suplir con la cantidad de sexo la falta de calidad en el amor.

El pesimismo teológico

Es fácil comprobar históricamente que, en sus formulaciones más radicales, el ataque a la dignidad del matrimonio y la familia acompaña y corre parejo con la incomprensión hacia el celibato. Así sucedió en la primitiva Iglesia con el gnosticismo¹⁰; así sucedió en la actividad de Lutero¹¹. En efecto, el celibato se apoya en la certeza de que la gracia de Dios es capaz de sanar y

10. Baste a este respecto recordar el mito de la caída de Sofía. Es sabido que, como recoge Orígenes, los gnósticos estimaban que el ideal gnóstico se encarnaba en la Samaritana. Cfr. Lucas F. MATEO SECO, *Gnosticismo*, en *Gran Enciclopedia Rialp*, t. XI, Madrid 1972, pp. 61-63.

11. No se trata de presentar una visión de conjunto sobre la doctrina luterana en torno al matrimonio. Este estudio, por otra parte, está ya hecho. Cfr., p. e., DENIFLE-PAQUIER, *Luther et le luthéranisme*, t. II, París 1914, pp. 40-146; 391-407; 461-469; H. GRISAR, *Luther*, t. II, Friburgo 1911, pp. 491-516; R. GARCÍA VILLOSLADA, *Martín Lutero*, t. II, Madrid 1973, esp. pp. 460-499. Las citas textuales que aducimos están hechas no en cuanto significativas de todo el pensamiento luterano, sino en cuanto afirmaciones que, con independencia del lugar que ocupan en la obra de quien las formuló, tienen por sí mismas dinámica propia e influencia notable.

eleva la naturaleza humana hasta el punto de que el hombre es capaz de vivirlo. Supone, por tanto, una gran confianza en la gracia de Dios y también una gran confianza en la capacidad que el hombre tiene de amar.

Si se parte, en cambio, de que el hombre está intrínsecamente pervertido y de que la concupiscencia de la carne es invencible, el celibato carece de sentido, se convierte en contraproducente y fuente de pecados. Este pesimismo incide con no menor fuerza en la concepción del matrimonio y la familia: ambas realidades se someten al servicio de una concupiscencia carnal malvada e invencible. Se comprende que quien afirme que la naturaleza humana está corrompida, rechace también que el matrimonio pueda ser elevado a sacramento. La doctrina de la Fe enseña que esa unión natural —el matrimonio— es santificada, más aún, que se convierte en signo del amor de Cristo a su Iglesia y que como tal realidad se encuentra en el ámbito de lo sagrado. Esta enseñanza, en su sencillez, inevitablemente parece blasfema a quienes están imbuidos por el pesimismo teológico, que encuentra su más lucida exposición en el siglo xvi. La razón es evidente: si ni siquiera el hombre puede ser santificado, *regenerado*, hasta el punto de que su justificación consiste en la mera no imputación a culpa de su corrupción, parece blasfemo que se enseñe que esa realidad natural —tan contundentemente carnal como es el matrimonio— sea sobrenaturalizada hasta tal punto que se convierta en sacramento y camino de santidad. Desde el punto de vista de este pesimismo, el contrato matrimonial sólo puede otorgar a la unión sexual entre los esposos *honorabilidad externa*, en coherente simetría con la justificación extrínseca y puramente legal. No santifica la vida matrimonial, porque esta se considera insantificable¹². Despojo de este contenido santificador, reducido a mera *honorabilidad externa*, la autoridad sobre el matrimonio es entregada al príncipe, ya que el matrimonio es considerado como simple invención humana¹³ que sólo otorga cierta honorabilidad social.

12. "Tale est et illud opus quod debitum conjugale (vocant): cum teste psal. L sit peccatum et plane furiossum, nihil differens ab adulterio et scortatione, quantum est ex parte ardoris et foedae voluptatis, prorsus non imputat conjugibus, non alia causa nisi sua misericordia...": *De votis monasticis Martini Lutheri iudicium*, ed. Weimar, t. VIII. p. 654, 19-22.

13. Tras citar el texto del de *Captivitate Babylonica*, en que Lutero niega que el matrimonio sea sacramento, comenta G. LE BRASS: "Poussant plus loin la négation, Luther en vient à ne considérer le mariage que comme un affaire civile, *ein weltliche Geschäft, ein weltlich Ding*: ces expressions reviennent à

Parecida gravedad reviste en sus consecuencias la aplicación al sexo y a la actividad sexual de la afirmación inicial concerniente a la intrínseca corrupción de la naturaleza humana: un sexo intrínsecamente corrompido, por definición, ni puede ser ordenado, ni puede ser santificado. De ahí que resulte inapreciable la diferencia esencial existente —incluso en el orden natural— entre el acto conyugal como expresión y realización del amor personal, y la fornicación o el adulterio. Diciéndolo con palabras famosas, “el deber conyugal es un pecado, un pecado propiamente furioso. Por el ardor y el placer perverso que en él se encuentran, no difiere en nada del adulterio y de la fornicación. Sería conveniente no caer en él y, sin embargo, los esposos no pueden evitarlo. Finalmente, Dios no se lo imputa, y esto por pura misericordia”¹⁴.

Utilizando el lenguaje de Pieper, el sexo aparece aquí totalmente desvinculado del eros, y este, por supuesto, del ágape¹⁵. Se ha considerado el acto conyugal exclusivamente en su mecánica fisiológica. De ahí que acto conyugal, fornicación y adulterio se presenten como idénticos. “Comprensivamente”, tras decir que ese acto es *pecado furioso*, se añade que Dios “no lo imputa”, y —lo que es peor— que los esposos no pueden evitar “caer” en el acto conyugal. Los defensores de los anticonceptivos encuentran aquí una estupenda justificación teológica.

“El deber conyugal no se cumple jamás sin pecado —cito un párrafo escrito en 1522—, pero misericordiosamente Dios perdona este pecado, puesto que el orden del matrimonio es su obra; por este pecado El mantiene todo el bien que ha puesto y bendecido en el matrimonio”¹⁶. Es imposible que quien consciente o inconsciente esté poseído por este pesimismo teológico encuentre coherente la doctrina católica sobre el matrimonio. Tres razones abundan en este sentido: la primera es que los cónyuges no pueden evitar “caer” en el acto conyugal; la segunda, que si el acto conyugal es siempre malvado ha de parecer absurdo preocuparse por sus *detalles mecánicos*, es decir, si está ordenado a la procreación;

mainte reprise sous sa plume. Elles signifient avant tout que la réglementation et la juridiction en matière matrimoniale appartiennent à l'État”: *Mariage*, en *Dictionnaire de Théologie Catholique*, t. IX, col. 2225.

14. *De votis monasticis Martini Lutheri iudicium*, l. c.

15. Cfr. J. PIEPER, *El amor*, Madrid 1972, pp. 114-163.

16. M. LUTHER, *Vom ehelichen Leben*, ed. Weimar, t. X-2, p. 304.

la tercera es que si Dios lo utiliza como *instrumento corrupto* para conseguir “los bienes que ha puesto en el matrimonio” —los hijos—, también podrá ser usado como medio para conseguir los otros bienes, cuando no parece conveniente obtener el primero.

Esta concepción, puramente fisiológica y peyorativa del sexo, tornará imposible el celibato —aunque se admita que alguien por milagro de Dios pueda vivirlo alguna vez—, y tornará imposible también el matrimonio como unión estable. Se dirá que es imposible que el hombre viva sin mujer¹⁷, que la actividad sexual nos es “más necesaria que comer, beber, evacuar, expectorar, dormir o despertarse”¹⁸. Y se aducirán contra la estabilidad del matrimonio las mismas razones que se esgrimen contra el celibato, ya que el matrimonio debe servir, ante todo, para que el hombre satisfaga honorablemente su apetito sexual invencible e insaciable.

En el orden de los acontecimientos esta fue la razón “teológica” que se adujo en primer lugar para justificar el divorcio. Baste recordar la solución dada a la parte adúltera en un caso de divorcio. Apoyándose en Mt 19,9, se ha concedido a la parte inocente el divorcio y posteriores nupcias. ¿Qué hacer con la parte culpable? Antes de dejarla que se abra en la fornicación, concederle la posibilidad de nuevas nupcias: “Cuando de dos males no es posible suprimir más que uno —leemos textualmente—, es necesario atacar el mayor, es decir, eliminar la fornicación permitiendo a los adúlteros modificar su suerte en otro país”¹⁹.

La visión estrechamente individualista del matrimonio —no existe nada más individualista que el sexo separado del eros— necesariamente debía llevar a concebir el matrimonio como un contrato rescindible a voluntad de las partes²⁰. Incluso esta fue también la razón “teológica” para permitir la poligamia²¹.

17. “El cuerpo del cristiano debe producir gérmenes, multiplicarse y comportarse como el de los otros hombres, como el de los pájaros y el de los otros animales. Para esto ha sido creado por Dios de forma que cuando Dios no hace un milagro, la necesidad exige que el hombre se una a la mujer y la mujer al hombre”: M. LUTHER, *Das siebente Kapitel S. Pauli zu den Korinthern*, ed. Weimar, t. XII, p. 114.

18. M. LUTHER, *Vom ehelichen Leben*, ed. Weimar, t., X-2, p. 276.

19. *Ibid.*, p. 289.

20. Cfr. J. PAQUIER, *Luther*, en *Dictionnaire de Théologie Catholique*, t. X, cols. 1280-1283.

21. Sobre este asunto, cfr. R. GARCÍA VILLOSLADA, o. c., pp. 490 ss.

La negación del pecado original

Decir que el hombre está corrompido hasta el punto de que todas sus obras son malas²² es prácticamente lo mismo que afirmar que todas son indiferentes. El pesimismo teológico desemboca inevitablemente en un amoralismo práctico. A parecida conclusión se llega desde un punto de vista, al parecer, diametralmente opuesto: la afirmación de que el hombre carece de herida moral en su naturaleza.

Según la doctrina de la Fe, la disposición natural al gozo es buena, pero esta disposición puede ser actuada desordenadamente²³. La tesis liberal de que *el hombre es bueno* oculta esta verdad, patente a la experiencia cotidiana: tratar a toda costa de mantener un optimismo que haga posible concebir la historia como un progreso irreversible de lo humano hacia la humanización. De ahí que la doctrina de la Fe sobre el pecado original —y, más concretamente, sobre la universalidad de sus consecuencias— haya sido calificada por los defensores de esta idea de progreso humano como una “doctrina paralizante”²⁴. El progreso parece seguro e irreversible, porque se considera que el hombre carece de pecado, no está herido en su misma naturaleza y, en consecuencia, basta librarle de las circunstancias externas que le deforman para que se convierta en un hombre nuevo y entre en el paraíso. Los pensadores y, concretamente, los filósofos interpretan su misión como un auténtico esfuerzo salvador.

Ya Eva, en el exordio de la historia, culpó a la serpiente del desliz cometido. En lugar de decir “mi apetito me engañó”, argumentó que le había engañado la serpiente. Si en algo parecen de

22. Cfr., p. e., M. LUTHER, *De servo arbitrio*, ed. Weimar, t. XVIII, pp. 742-743.

23. Como señala Nygren, Lutero no ha aceptado jamás esta visión cristiana. He aquí sus palabras: “Luther n’a pas ignoré que la catholicisme fait de sérieux efforts pour triompher de cette notion égoïste de l’amour. Il croit apercevoir l’une de ces tentatives, par exemple, dans la distinction, établie par Agustin, entre *frui* et *uti*, ou dans la doctrine scolastique de *l’amor amicitiae*. Mais ce ne sont, à ses yeux, que des tendances isolées qui n’abolissent pas ce qu’il y a de foncièrement erroné dans la doctrine catholique de l’amour”: A. NYGREN, *Éros et agapè*, t. II, Paris 1952, p. 287.

24. “El pecado original —escribe Villalmonste citando frases de Teilhard—, en su actual tradicional imagen, contradice en cada momento la expansión natural de nuestra religión. Corta las alas de nuestra esperanza. Nos apoyamos continuamente en los espacios de conquistas optimistas y ella nos retrasa de nuevo, indefectiblemente hacia atrás, hacia las sombras opresoras de la reparación y expiación. Esa creencia es como un vestido angosto que sofoca nuestro corazón y nuestra inteligencia. Nos encadena y nos torna exangües”: A. DE VILLALMONTE, *El pecado original*, Salamanca 1977, p. 164.

acuerdo nuestros contemporáneos es en afirmar que la sociedad no marcha como debiera. La vida se torna inhumana. Puede decirse que existen cosas mal organizadas, y que esta mala organización provoca reacciones perversas en los hombres. Pero la pregunta que debe formularse a quienes se empeñan en decir que la doctrina de la Fe es obsoleta y contraria a la experiencia es ésta: ¿Cómo ha podido un hombre bueno hacer una sociedad mala? ¿Cómo una mala influencia encuentra eco en el corazón del hombre y provoca una reacción perversa?

Negar que las concupiscencias se rebelan en el hombre contra lo que es bueno y justo no sólo constituye un diagnóstico errado, sino hoja de parra coloreada en forma optimista para encubrir un radical pesimismo. Considera por principio buena la espontaneidad de los instintos —una espontaneidad que puede ser contraria al orden objetivo— sólo es posible, si previamente se tiene un concepto pesimista de lo natural y, en el caso concreto, de la persona humana, que ha quedado reducida a sexo bruto.

Esta reducción no puede decirse que sea muy optimista, aunque se insista hasta la saciedad en que el hombre es bueno y que sólo necesita para que aflore su bondad el que sus pasiones sean liberadas de toda represión. Viene a la mente Marcuse. Con cobertura ideológica diferente, se afirma lo mismo que el pesimismo teológico que históricamente precedió a esta posición: el hombre es sexo irreprimible y, por tanto, toda la vida matrimonial y familiar debe estar en dependencia de la satisfacción del apetito sexual. La conclusión es idéntica en ambas posiciones: todo debe ser permitido —divorcio, poligamia, etc.—, porque es imposible dominar la carne en su materialidad fisiológica. De igual forma que antes se decía que el sexo no podía ser santificado, ni la realidad del matrimonio podía ser sacramento, ahora se piensa que no puede ser asumido humanamente —con inteligencia y libertad en la donación—, que no puede integrarse en las exigencias del eros y, mucho menos, del ágape. Y en un gesto de desencanto, se otorga al sexo bruto la misión de realizar lo humano y regenerar al hombre; al menos, se confía en que se le dé como una droga.

Teología y matrimonio

No es mi intención aducir un elenco de las diversas ideologías que prestan cobertura al ambiente permisivista que tantas difi-

cultades presenta al natural desenvolvimiento de la vida matrimonial y familiar. Si quiero, en cambio, llamar la atención sobre tres puntos fácilmente constatables:

1. Las dificultades surgidas contra la concepción cristiana del matrimonio y la familia, son primordialmente teológicas. Así lo muestra la historia. Estas dificultades en las que se apoya el rechazo en bloque de la doctrina de la Fe sobre el matrimonio hunden sus raíces en la antropología y la soteriología, es decir, en cuanto se relaciona con la bondad del hombre y la eficacia de la Redención. La doctrina matrimonial es rechazada como consecuencia de estimar que el hombre es —podría decirse en frase simétrica a la célebre de Sartre— una “pasión corrompida”. La Redención no se considera suficientemente eficaz para sanar realmente al hombre, para santificarlo y, por tanto, se considera que es incapaz de recomponer al hombre hacia un ejercicio humano de la sexualidad y, mucho menos, hacia una vida conyugal santa.

2. Este radical pesimismo teológico podría formularse como la negación de que el hombre, dada su corrupción por el pecado original, pueda seguir siendo considerado en su naturaleza como imagen de Dios. Se le niega la esperanza en la lucha por ser cada vez más humano, porque se le considera incapaz de ser regenerado.

3. El rechazo de la doctrina de la Fe sobre el pecado original no sólo impide un correcto diagnóstico de los males que aquejan al hombre, sino que conduce al equívoco de considerar ordenado lo que es desorden. Ateniéndonos a una formulación conocida, negar que las pasiones estén desordenadas, implica la afirmación de que lo humano se realiza sólo si el hombre obedece su exigencia concupiscente. La razón renuncia entonces a dirigir la vida humana, a integrar la sexualidad en su lugar debido dentro del universo de la persona, y lleva a cabo la más trágica de las renunciaciones: renunciar a la felicidad de amar para entregarse al placer. Dirigiéndose a los jóvenes, los Padres Conciliares en el último Concilio entreven en este pesimismo envejecido un peligro notable. Por eso dicen: “(La Iglesia) confía en que encontraréis tal fuerza y tal gozo que no estaréis tentados, como algunos de vuestros mayores, de ceder a la seducción de las filosofías del egoísmo o del placer, o a las de la desesperanza y de la nada, y que frente al ateísmo, fenómeno de cansancio y de vejez, sabréis

afirmar vuestra fe en la vida y en lo que da sentido a la vida: la certeza de la existencia de un Dios justo y bueno”²⁵.

Una conclusión se destaca de cuanto vengo diciendo: La comprensión de la doctrina de la Fe sobre el matrimonio y la familia sólo es posible en el amplio y completo panorama de todas sus verdades. No en vano señaló Santo Tomás que la Teología es “una scientia”²⁶. Quien afrontase las numerosas instancias que la situación actual presenta a la concepción cristiana del matrimonio y la familia utilizando exclusivamente lo que podría denominarse “terapéutica local” no podría resolverlas. Al mismo tiempo que se pone de relieve la teología del matrimonio, es necesario subrayar cómo este misterio se encuentra inserto en el misterio de Cristo y cómo confluyen en él todas las verdades de nuestra fe. Por contragolpe, las diversas objeciones que pueden esgrimirse contra la doctrina de la Fe sobre el matrimonio y la familia pierden su fuerza aparente, si son consideradas a la luz de las otras verdades de la doctrina de la Fe que implícitamente niegan.

“En primer lugar —dice su Santidad Juan Pablo II—, es capital para los cristianos elevar la polémica contemplando el *aspecto teológico* de la familia, meditando en consecuencia sobre la realidad sacramental del matrimonio. La sacramentalidad puede ser comprendida a la luz de la historia de la salvación. Ahora bien, esta historia de la salvación se califica como una *historia de alianza* y de comunión entre Yahvé e Isarel, después entre Jesucristo y la Iglesia, esperando la alianza escatológica”²⁷.

El hombre imagen de Dios

Al tratar del matrimonio es imprescindible tener presente la verdad completa sobre el hombre: sobre su origen, su dignidad, su destino; sobre su grandeza y sobre la miseria de los males que le aquejan. “La Verdad que debemos al hombre —dice Su Santidad Juan Pablo II en el *Discurso inaugural de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*—, es, ante todo, una verdad sobre él mismo. Como testigos de Jesucristo somos

25. CONC. VATICANO II, *Mensaje a los jóvenes*, n. 4.

26. *Sum. Theol.*, I, q. 1, a. 3.

27. *Discurso al CLER y al FIDAP* (3-XI-1979): Cfr. *Juan Pablo II a las familias*, ed. preparada por Teodoro LÓPEZ, Pamplona 1980, n. 278.

heraldos, portavoces, siervos de esta verdad que no podemos reducir a los principios de un sistema filosófico o a pura actividad política; que no podemos olvidar ni traicionar”.

“La Iglesia posee, —prosigue Su Santidad— gracias al evangelio, la verdad sobre el hombre. Esta se encuentra en una antropología que la Iglesia no cesa de profundizar y de comunicar. La afirmación primordial de esta antropología es la del hombre como imagen de Dios, irreductible a una simple parcela de la naturaleza o a un elemento anónimo de la ciudad humana”.

El hombre es imagen de Dios por propia naturaleza. “Al afirmar, por tanto —enseña el Concilio Vaticano II—, en sí mismo la espiritualidad y la inmortalidad de su alma, no es el hombre juguete de un espejismo ilusorio provocado solamente por las condiciones sociales exteriores, sino que toca, por el contrario, la verdad más profunda de la realidad”²⁸. Por esta razón, el hombre es superior al universo material y, al mismo tiempo, es *capax Dei*, capaz de Dios.

Al expresarse así, la doctrina de la Fe se refiere, en primer lugar al alma humana, que es espiritual e inmortal. Pero incluye también el cuerpo, sin el que el hombre no es verdaderamente hombre, ni puede llamarse persona humana con el significado clásico del término²⁹. Es este hombre completo en su cuerpo y en su alma el que ha sido creado a imagen y semejanza de Dios (Gen 1,27), el que ha sido creado para conocer y amar a Dios, el que ha sido redimido y se encuentra destinado a una vida eterna cabe Dios en comunión con todos los santos. El es imagen de Dios, sobre todo, en cuanto “también es principio de sus obras y tiene libre albedrío y potestad de sus actos”³⁰. El hombre es, en una palabra, singularidad valiosa e irrepetible: persona.

El cristiano sabe que el hombre no es sexocéntrico, sino teocéntrico. Imagen de Dios, está hecho para una vida de amistad con Dios. “Por esta razón —escribía el Cardenal Wojtyla—, no se puede, propiamente hablando, comparar la vida sexual de los animales a la de los hombres, por mucho que sea evidente que existe en los animales y que es fuente de procreación, de la conservación, por tanto, y de la propagación de la especie. Con todo, en los animales, la vida sexual se sitúa al nivel de la naturaleza

28. Const. Past. *Gaudium et spes*, n. 14.

29. “...In puris hominibus ex unione animae ad corpus constituitur persona”: *Sum. Theol.*, III, q. 2, a. 5, ad 1.

30. *Sum. Theol.*, I-II, pról.

y del instinto que le está afincado, mientras en los hombres se coloca al nivel de la persona y de la moral”³¹.

La sexualidad del hombre es de la persona humana, racional y libre, dueña de sus actos, capaz de donación voluntaria. La misma visión científica sobre el hombre —cuando es serenamente objetiva— descubre innumerables facetas implicadas en el amor humano —instinto y libertad—, y rechazará siempre tomar la parte por el todo, reduciendo la libertad a instinto. El teólogo enseñará, además, que el hombre —imagen y semejanza de Dios—, fue creado sexuado: “los creó varón y hembra” (Gen 1,27). Así es por voluntad de Dios. Divino es el mandato: “Procread y multiplicaos” (Gen 1,28), y divina es también la consideración que el Espíritu Santo quiso que plasmara el hagiógrafo: “No es bueno que el hombre esté solo” (Gen 2,18). Y recordará que el Verbo se hizo hombre —varón perfecto—, y nació de mujer. A través del sexo, el hombre colabora con Dios —“ex quo omnis paternitas in coelis et in terra nominatur” (Ef 3,15)—, en la obra de la creación.

La luz de la fe fortifica la mirada del creyente, que puede así distinguir con mayor nitidez los diversos componentes del multiforme microcosmo humano, sin reducirlo a sexo bruto o a meros eros. Esa misma luz le hace comprender que, también en su sexualidad, el hombre entra en ese ámbito hasta cierto punto sagrado que conlleva el ser imagen de Dios. Por eso, cuando llegada la plenitud de los tiempos, el Hijo de Dios manifiesta en su definitiva claridad el designio divino, encuentra coherente que esta realidad —incluso en su manifestación más corpórea—, haya sido asumida y elevada hasta la dignidad de sacramento al que se accede con auténtica vocación divina. Y, viceversa, tiene el más rotundo convencimiento de que Dios, al manifestar sus exigencias sobre la vida matrimonial y familiar, no sólo no se opone en nada a lo humano, sino que está indicando el camino del ejercicio de la sexualidad y de la efectividad hacia su más auténtica realización humana. Como enseña el Concilio Vaticano II, “Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la dignidad de su vocación”³².

31. K. WOJTYŁA, *Amor y responsabilidad*, Madrid 1978, p. 28.

32. Const. Past. *Gaudium et spes*, n. 22.

El pecado original

Pertenece a la antropología cristiana la enseñanza sobre el pecado original en los variados aspectos que comporta. Negada la existencia del pecado original, el hombre está impedido para reconocer que se encuentra herido en sus mismas dotes naturales: proclive al error en la inteligencia, débil de voluntad, especialmente vulnerable en la afectividad y en la sexualidad (en los instintos). La pereza y la soberbia encuentran el camino expedito para convencerle de que es natural lo que no es sino desviación, para llamar amor a lo que no es sino individualismo egocéntrico. Basta leer cuanto dicen los autores que pretenden crear “un cristianismo sin pecado original”³³, para comprobar su incidencia inmediata en el análisis de las cuestiones matrimoniales y familiares: la negativa a sacrificar en aras del amor las veleidades de las propias concupiscencias.

No en vano habla San Pablo de despojarse el hombre viejo y revestirse del nuevo. El hombre viejo —la caducidad de lo humano como consecuencia del pecado original—, nos es tan íntimo, que el desorden de sus concupiscencias nos parece conforme a la naturaleza. El empeño por desconocer la enfermedad del hombre se encuentra en la base de la “contestación” al Magisterio de la Iglesia cuando se pronuncia solemnemente sobre la naturaleza del matrimonio y de la vida conyugal. Me refiero a que como consecuencia del pecado original, las inteligencias de los hombres se encuentran con graves dificultades para conocer adecuadamente aquellas verdades pertenecientes al orden natural que afectan tan íntimamente al deber ser y al actuar humanos. En consecuencia, es coherente con la Providencia del Creador de la naturaleza que, “al reformarla tan maravillosamente”, ilumine a través del Magisterio de la Iglesia las verdades pertenecientes al orden natural con el fin de que puedan ser captadas por todos los hombres fácilmente, con prontitud y sin mezcla de error³⁴. Nada tiene de extraño que, desde este error teológico, se entregue a la psicología, la sexología o la sociología la orientación definitiva de las cuestiones que afectan a la familia, desnaturalizando —al constituir las prácticamente en ciencias supremas— la valiosa ayuda que pueden aportar al conocimiento de los problemas y su etiología.

33. La expresión está tomada de A. DE VILLALMONTE, o. c., p. 554.

34. Cfr. CONC. VATICANO I, Const. Dogm. *De fide catholica*, cps. 2 y 4.

La doctrina sobre el pecado original implica, además, una verdad que confirma la experiencia: el desorden interno del hombre. Sin luchar contra las propias pasiones, sin esfuerzo ascético, es imposible que el hombre realice humanamente incluso las virtudes humanas. No es posible ser valiente, honrado, veraz, generoso sin que la razón domine —mediante la ascesis— las tendencias al egoísmo, la doblez, el miedo. De igual forma es imposible amar respetando la dignidad de la persona amada sin que la razón y la voluntad integren todos los movimientos conformándolos a la naturaleza del verdadero amor.

Por otra parte saltan a la vista las consecuencias que se siguen de ignorar esta verdad. Se confunde lo que es patología de la vida familiar y matrimonial con lo que es su natural salud. También en este terreno se cumple lo que advertía el Concilio Vaticano II: “La criatura sin el Creador se esfuma”³⁵. Utilizando una célebre paradoja de Chesterton, podría decirse que se rechaza la ley de Dios en nombre de las exigencias del amor humano, y se termina destrozando el amor.

La eficacia de la Redención

Graves son las consecuencias que se siguen de la negación del misterio de iniquidad que opera en la historia y anida en el corazón del hombre —al menos en sus reliquias— a causa del pecado original. Parecida gravedad reviste la afirmación de que el hombre se encuentra tan corrompido que es incapaz de conocer la verdad y amar el bien. Ha sido esta tesis la que, de hecho, sirvió primero de fundamento a la negación de los valores humanos contenidos en el matrimonio y, en consecuencia, a la consideración de que el matrimonio es sólo un medio honorable de satisfacer la concupiscencia. Como atestigua la historia, este planteamiento antropológico es el que logra introducir en Europa el divorcio y la bigamia.

Conviene subrayar que este pesimismo teológico es formulación a nivel teórico de una concreta convicción personal: la impotencia de la ascética para vencer en la lucha contra las propias pasiones. Este pesimismo revive en la afirmación de que la doctrina cristiana sobre el matrimonio y la familia presenta un ideal inalcanzable al que es necesario tender, sabiendo que es imposible conseguirlo.

35. Const. Past. *Gaudium et spes*, n. 36.

Esta visión de las cosas debe ser claramente calificada como un grave desconocimiento de la dignidad humana: se estima que el hombre es incapaz de lo noble, lo alto, lo desinteresado. Se estima que es incapaz de ejercer en forma humana —integrando con libertad y sentido los variados aspectos que conciernen a su sexo—, la vida matrimonial y familiar. Esta visión supone también grave ofensa para el Redentor: se estima que la gracia —que Dios a nadie niega— es incapaz de sanar y elevar al hombre. Esta visión peyorativa de la naturaleza humana y de la eficacia de la gracia conduce inevitablemente a “avergonzarse de la verdad”. Se tiene la sensación de que la límpida exposición de la doctrina de la fe no provocará en el corazón de los hombres más que rechazo y escándalo.

El teólogo sabe que ese rechazo y ese “escándalo” son posibles y, en determinadas épocas, frecuentes; pero sabe también que esa verdad encuentra en el corazón humano un eco profundo: el hombre reconoce en esas palabras una verdad que le afecta con sabor de vida eterna, y reconoce también que ellas le indican lo mejor de sí mismo y del amor humano. La predicación de nuestro Señor es ejemplo definitivo de cuanto quiero decir: las burlas de los saduceos, la extrañeza de Pedro, no perturban su serenidad, ni impiden la exposición límpida de la doctrina sobre el matrimonio. Tampoco le hacen tomar caracteres amargos o pesimistas. El mismo Señor que reconoce con objetividad divina esa “dureza de los corazones” que ha dado pie al libelo de repudio en la ley de Moisés, afirma: *Ab initio non fuit sic* (Mt 19,8). El sabe lo más íntimo que existe en el hombre; aquellas dotes que le otorgó al crearlo a su imagen y semejanza.

El matrimonio, camino de santidad

La realidad matrimonial no sólo es buena, sino santa y sagrada. Es lo humano del matrimonio lo que, sin dejar de ser humano y precisamente en cuanto humano, ha sido elevado a sacramento. La eficacia de la Redención llega hasta aquí: hasta santificar la unión sexual haciendo *posible* al hombre actuar ordenada y santamente en armonía perfecta con el orden objetivo establecido por Dios. Ante esta realidad, que toca el núcleo más profundo de lo humano, el teólogo debe hacerse eco hoy especialmente de aquellas palabras del Romano Pontífice dirigidas a señalar la disposición con que debe afrontarse la enseñanza de la

doctrina sobre el matrimonio: tened fe en Dios, tened confianza en el hombre ³⁶.

Realidad humana nobilísima, la unión de hombre y mujer como célula original de la familia ha sido elevada a sacramento. "El genuino amor conyugal —son palabras del Concilio Vaticano II— es asumido en el amor divino y se rige y enriquece por la virtud redentora de Cristo y la acción salvífica de la Iglesia, para conducir eficazmente a los cónyuges a Dios y ayudarlos y fortalecerlos en la sublime misión de la paternidad y la maternidad" ³⁷.

El matrimonio es camino de santidad: viviendo santamente la vida matrimonial —*a través de ella*, no *a pesar de ella*—, los cónyuges, en maravillosa *synergia* con el Creador y Redentor, se santifican realmente santificando la obra del matrimonio.

"Ante todo —decía Su Santidad Juan Pablo II en Irlanda—, tened en alta estima la maravillosa dignidad y gracia del sacramento del matrimonio. Preparaos encarecidamente a él. Creed en el poder espiritual que aporta este sacramento de Jesucristo en orden a fortalecer la unión matrimonial y a vencer todas las crisis y problemas de la vida en común. Las personas casadas deben creer en el poder de este sacramento para santificarlos; deben creer en su vocación de testigos, mediante su matrimonio, del poder del amor de Cristo. El verdadero amor y la gracia de Dios nunca pueden permitir que el matrimonio se convierta en una relación centrada en sí misma de dos individuos, que viven el uno junto al otro buscando su propio interés" ³⁸.

Si antes hacíamos notar que las dificultades surgidas contra la doctrina de la Fe sobre el matrimonio provenían y estaban fundamentadas en un contexto teológico más amplio y, en consecuencia, llamábamos la atención sobre la necesidad de no desgajar la exposición de esta doctrina del resto de las verdades pertenecientes a la doctrina cristiana, ahora parece importante re-

36. "Que no os desalienten las dificultades, las oposiciones o los fracasos que podáis hallar en vuestro camino. Lo que está en juego es el hombre; y cuando lo que se juega es eso, nadie puede encerrarse en una actitud de pasividad resignada si no es abdicando de sí mismo. Como Vicario de Cristo, Verbo de Dios Encarnado, yo os digo: tened fe en Dios, Creador y Padre de todo ser humano; tened confianza en el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, y llamado a ser su hijo, en el Hijo": JUAN PABLO II, *Discurso a los participantes en el Congreso Europeo de "Movimenti per la vita"* (26-II-1979): Cfr. *Juan Pablo II a las familias*, o. c., n. 89.

37. Const. Past. *Gaudium et spes*, n. 48.

38. *Homilía para el Pueblo de Dios. Limerick* (1-X-1979): Cfr. *Juan Pablo II a las familias*, o. c., n. 215.

calcar que es necesario llevar hasta sus últimas consecuencias prácticas lo implicado en la sacramentalidad del matrimonio, concretamente su poder santificador.

Este poder —en contra de lo que pueda estimar una concepción extrinsecista de la justificación— es suficiente y sobreabundante para hacer capaces a los esposos de santificar realmente todas las realidades de la vida matrimonial ordenándolas según Dios. Dada la herida consecuente al pecado original, nada tiene de extraño que, en ciertos momentos, la palabra del Señor pueda parecer dura, y la santidad que se exige, inalcanzable. En cierto sentido es verdaderamente inalcanzable sin la gracia de Dios, es imposible al hombre cumplir todos los preceptos de la ley natural durante toda la vida³⁹. Esta gracia no es negada nunca a nadie. Y los cónyuges cristianos, a través del sacramento, la reciben abundantísimamente.

Conclusión

Esta gracia torna asequible a cada hombre el cumplimiento de la misión que Dios le ha asignado: su vocación. El optimismo cristiano —que no ignora que la vida es lucha, que no desconoce las dificultades—, se encuentra basado aquí en la seguridad de que el hombre es imagen de Dios y en la certeza de que la gracia divina es más poderosa que la debilidad humana. El optimismo proviene no de las fuerzas humanas, sino de la fe en el sacramento y de la seguridad en la gracia divina que acompaña a la vocación matrimonial.

“A todo cristiano —son palabras de Mons. Escrivá de Balaguer—, cualquiera que sea su condición —sacerdote o seglar, casado o célibe—, se le aplican plenamente las palabras del apóstol que se leen precisamente en la epístola de la festividad de la Sagrada Familia: *Escogidos de Dios, santos y amados* (Col 3,12). Eso somos todos, cada uno en su sitio y en su lugar en el mundo: hombres y mujeres elegidos por Dios para dar testimonio de Cristo y llevar a quienes nos rodean la alegría de saberse hijos de Dios, a pesar de nuestros errores y procurando luchar contra ellos”.

“Es muy importante que el sentido vocacional del matrimonio no falte nunca tanto en la catequesis y en la predicación, como en la conciencia de aquellos a quienes Dios quiera en ese camino,

39. Cfr. CONC. TRIDENTINO, Sess. VI, cp. 12 y cn. 22.

ya que están real y verdaderamente llamados a incorporarse en los designios divinos para la salvación de todos los hombres”⁴⁰.

La insistencia en la dignidad del matrimonio, la predicación gozosa del sentido vocacional del matrimonio, ayudará también a una nueva primavera de entrega a Dios en el celibato. Lo diré con palabras de Mons. Escrivá de Balaguer: “Por otra parte —decía en el campus de esta Universidad ante más de 30.000 personas—, no podéis desconocer que sólo entre los que comprenden y valoran en toda su profundidad cuanto acabamos de considerar acerca del amor humano, puede surgir esta otra comprensión inefable de la que hablará Jesús (Cfr. Mt 19,11), que es un puro don de Dios y que impulsa a entregar el cuerpo y el alma al Señor, a ofrecerle el corazón indiviso, sin la mediación del amor terreno”⁴¹.

40. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, Madrid 1973, n. 30.

41. Cfr. *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, Madrid 1975, n. 122.